

En todo el mundo: Por favor haga uso de nuestros recursos que puede bajar por el Internet sin costo alguno, y están disponibles en todo el mundo.

In **Norteamérica:** Los materiales son enviados en pequeñas cantidades a individuos con el franqueo pagado y sin cargo alguno..

Chapel Library no necesariamente coincide con todos los conceptos doctrinales de los autores cuyos escritos publica.

No pedimos donaciones, no enviamos promociones, ni compartimos nuestra lista de direcciones.

© Copyright 2009 Chapel Library; Pensacola, Florida.

LA NIÑA DE LA HUMILDE CABAÑA

Legh Richmond

JUANITA S. era la hijita de padres de pocos recursos que vivían en una aldea donde plugo a Dios obrar de modo que diera yo mis primeros pasos en el ministerio. Mi amistad con ella comenzó cuando tenía ella doce años y asistía semanalmente a mi casa junto con varios niños a los que yo invitaba y regularmente enseñaba todos los sábados a la tarde.

Solían leer, recitar las doctrinas, los salmos, him-nos y porciones de las Escrituras. También los acos-tumbraba a pasar una especie de examen conversacional, según sus edades y habilidades, sobre aquellos temas que esperaba que llegaran a ser sabios para salvación.

En las tardes de verano, solía reunir a este pequeño grupo al aire libre, en mi jardín, a la sombra de unos árboles que nos protegían del calor del sol, y donde había una vista que hizo que mi ocupación fuera muy interesante. Porque al lado del lugar donde estábamos sentados, separados únicamente por un alambrado, se encontraba el cementerio de la iglesia, con un hermoso parque todo alrededor. Allí yacían los restos mortales de miles, quienes generación tras generación, habían sido sepultados: polvo al polvo, cenizas a cenizas. Aquí los una vez famosos ancestros de los ricos y los ante-pasados menos conocidos de los pobres yacían mez-clando su polvo: ahora iguales esperando la resurrección de los muertos.

No tenía yo que buscar lejos para encontrar ejem-plos que sirvieran de advertencia y exhortación adecu-adas para la pequeña manada que estaba alimentando. Podía señalar los montículos de tierra que marcaban distintas tumbas, y decirles a mis alumnos, que aunque eran niños, ninguno de ellos era demasiado joven para morir, y que probablemente más de la mitad de los cuerpos allí enterrados eran de niñitos. Por lo tanto aproveché la ocasión para hablar de la naturaleza y el valor de un alma, y preguntarles dónde esperaban que fueran sus almas cuando partieran de esta tierra.

Les conté quién era “la resurrección y la vida” y quién era el único que podía quitar el aguijón de la muerte. Solía recordarles que la hora viene cuando “los que hicieron lo bueno, saldrán a resurrección de vida; mas los que hicieron lo malo, a resurrección de conde-nación”. Con frecuencia aprovechaba estas oportuni-dades para recordar las muertes más recientes de sus propios parientes que estaban enterrados cerca de donde nos encontrábamos. Algunos habían perdido un padre o una madre, otros un hermano o una hermana, algunos quizá habían perdido a

todos estos y dependían de la caridad de sus vecinos en su orfandad. Tales cir-cunstancias a veces servían para despertar tiernas emo-ciones, favorables a la reflexión seria.

A veces enviaba yo a los niños a las diversas lápi-das a la cabecera de las tumbas y les pedía que apren-dieran los epitafios allí escritos. Me complacía ver a los pequeños dispersos por el cementerio, cada uno memorizando las breves líneas escritas para con-memorar al fallecido. Cumplían pronto su tarea y re-gresaban con entusiasmo, ansiosos por recitarme lo que habían memorizado. Fue así como el cementerio se convirtió en uno libro de texto y cada lápida una página de edificación para mis jóvenes discípulos.

La capilla de la iglesia se encontraba en el centro del cementerio. Era una antigua y espaciosa estructura. Dentro de esas paredes había yo proclamado por primera vez el mensaje de Dios a los pecadores. Cuando estos niños me rodeaban, a menudo les señalaba la capilla, les hablaba de la naturaleza de la adoración pública, el valor del Día del Señor, el deber de asistir regularmente a los cultos, y los instaba a poner seriamente su atención a los medios de gracia. Les hablaba del deplorable estado de muchos países, donde no sabían nada de iglesias ni de Biblias, y de la no menos triste condición de miles en nuestra patria, que descuidan pecaminosamente el culto y desprecian la Palabra de Dios, queriendo, de estas maneras, hacer a mis jóvenes discípulos sensibles a sus propias bendi-ciones y sus privilegios.

La pequeña Juanita asistía siempre a estas sesiones semanales de enseñanza. No noté nada especial en ella durante los primeros doce meses. No se destacaba por ningún logro en particular. En general, me parecía que era más lenta para aprender que sus compañeros. Usualmente hacía sus tareas correctamente pero rara vez podía contestar las preguntas para las cuales no había preparado previamente sus respuestas. No era bonita, sus ojos no mostraban ninguna vivacidad espe-cial. Leía tolerablemente bien, se esforzaba e iba mejo-rando en la lectura. Se caracterizaba por su pasividad y tranquilidad. Era muy constante en su asistencia al cul-to de la iglesia al igual que a las clases de los sábados en casa. Pero en general, no era nada sobresaliente ex-cepto por su regularidad y buena conducta. Si me hu-bieran preguntado en ese entonces de cuáles de mis jóvenes alumnos tenía yo la mejor opinión, ella hubiera sido omitida de la lista.

A menudo ni nos damos cuenta de lo que Dios está haciendo en el corazón de otros. ¡Qué pobres previ-sores y jueces somos hasta que el Señor nos abre los ojos! Sus pensamientos no son nuestros pensamientos, ni nuestros caminos sus caminos. En una ocasión, hacia el final de aquel año, me impresionó lo atenta que era a mis deseos. De acuerdo con el plan que antes men-cioné, la había mandado al cementerio para que memo-rizara un epitafio que yo admiraba. Al regresar me dijo que además de lo que yo había querido, también había aprendido otro escrito en una lápida contigua, agregan-do que le había parecido muy lindo. Yo coincidí con ella y quizá mis lectores coincidan también. Pequeña Juanita, aunque muerta, todavía habla. Mientras tran-scribo estas líneas me parece oír su voz recitándolos. La idea me causa mucha satisfacción.

*Perdona, sombra bendita, las lágrimas que fluyen
Que tu partida de un mundo como éste lamentan.
Perdona el deseo de que aquí permanecieras
Y que tu avance a la morada celestial demoraras.*

*Ya no estás confinado a deprimentes escenas
en este oscuro suelo, Ya no eres un desgraciado atrapado en mortal ar-cilla.
Ahora en cambio debemos aclamar tu glorioso vuelo
Y aplaudir tu ida al reino de eterna luz sin mancula.*

Lo que antecede es lo que le había encargado me-morizar, y lo siguiente es el que aprendió voluntaria-mente y recitó con placer:

*Así tiene que ser: De la caída y desobediencia de nuestro
Padre Adán heredamos todos este destino.
Todos en él morimos: y no tenemos otro camino.
¡Bendita revelación! Si por ti no fuera.
¡Aleluya, evangelio glorioso! luz celestial por la cual consolados vivimos,
y con consuelo morimos.
Sin ella no vislumbraríamos más allá de esta triste mortandad
Aquella vida sin fin de total felicidad.*

Más adelante descubrí que el pensamiento expresado en este último epitafio la había afectado mucho, pero en el momento de este pequeño incidente ignoraba lo que pensaba, en suma, la había pasado por alto.

Lo he lamentado desde entonces. La conciencia me reprendía cuando más adelante descubrí lo que el Señor había estado obrando en su alma, a pesar de que yo la había descuidado, aunque no a propósito. Era una desconocida para todos nosotros, excepto que, me enteré después, por su firmeza y resistencia contra los pecados y las insensateces de los amigos de su edad y circunstancias fueron causa de muchas burlas y desprecios que soportó con ejemplar humildad.

Unos quince meses después de que Juanita apareciera por primera vez en mi clase de los sábados noté que no estaba en su lugar acostumbrado. Pasaron dos o tres semanas sin que hiciera yo averiguaciones acerca de ella. Finalmente me informaron de que no se encontraba bien, pero nada se mencionó que me alarmara. Pasaron dos meses más sin saber nada de ella. Por fin, una anciana pobre del pueblo, cuya disposición por el evangelio me había merecido una buena opinión de ella, vino y me dijo:

--Señor, ¿no ha extrañado usted la ausencia de Juanita S en sus clases de los sábados a la tarde?

--Sí, me dijeron que no se encontraba bien —respondí.

--Y me temo que nunca volverá a estarlo —dijo la mujer.

--¡Cómo! ¿Le parece que su vida corre peligro?

--Señor, ella está muy mal, y creo que está declinando. Quiere verlo a usted, Señor, pero teme que usted no visitaría a una niña pobre como ella.

¿No ir adónde la pobreza y enfermedad me llame? ¿Cómo puede pensar tal cosa?

--¿Dónde vive?

--Señor, es un lugar muy pobre y a ella le da vergüenza pedirle que vaya. Sus vecinos son gente alborotadora y malintencionada, y sus propios padres son personas raras. Todos se burlan de la pobre Juanita porque lee tanto su Biblia.

--No me hable de lugares pobres o de gente malintencionada: es en situaciones así que un ministro del evangelio es llamado a servir. Iré a verla, puede usted comunicarle mi intención.

--Así lo haré, señor. Voy casi todos los días a verla y me hace mucho bien oírle hablar.

--¿Sí? ¿Y de qué habla ella?

--¿De qué habla, la pobrecita? Pues sólo de cosas buenas como la Biblia, y Jesucristo, y la vida y la muerte, y su alma, y el cielo y el infierno y los libros que usted le enseñaba, señor. El papá dice que no quiere esas cosas que hablan de Dios en su casa, y su propia madre se burla de ella y dice que Juanita se cree mejor que los demás. Pero a ella no le importa. Lee sus libros, y luego le habla muy lindo a su mamá y le ruega que piense en su alma.

“El Señor me perdone”, pensé, “por no darle más importancia a esta pobre niña”. Sentí más profundamente la importancia de la enseñanza infantil y nació en mí la esperanza de que esta niña fuera una especie de primeros frutos de mis labores.

--Espero, de veras espero que esta niña sea una verdadera hija de Dios. Y si así llega a ser, ¡qué bendición sería para ella, y qué bendición para mí! —dije.

A la mañana siguiente fui a ver a la niña. La cabaña donde vivía era de lo más humilde. Estaba contra una alta barranca de tierra que formaba una especie de jardín detrás de aquella. El aspecto del frente de la casita era placentero principalmente por una madre-selva que trepaba abundante por la pared. Al entrar por la puerta sus flores despedían un aroma muy dulce y refrescante. Concentrado en la razón de mi visita, en ese momento elevé una oración silenciosa a Dios teniendo la esperanza de que la fragancia de la enredadera que me había recibido fuera una demostración de la intercesión de un Redentor que todo lo puede, que yo confiaba fuera, en el caso de esta pequeña niña, como una “ofrenda y sacrificio a Dios en olor fragante”. Las flores y hojas verdes del jardín y del campo son emblemáticas de cosas más elevadas cuando la gracia nos enseña a verlas de esa manera.

Juanita estaba en cama en un altillo. No encontré a nadie en la casa excepto la anciana que me había traído el mensaje la tarde anterior. En cuanto vi a la niña percibí un cambio grande en su rostro. Tenía un tono típico de la tuberculosis, tanto pálido como ruboroso. Una dulzura que antes no tenía me sorprendió, debido al cambio que producía en su mirada. Me recibió primero con una sonrisa muy dulce, pero al instante se puso a llorar, diciendo entre sollozos.

--Qué contenta estoy de verlo, pastor.

--Estoy muy preocupado porque estás tan enferma, mi niña, y muy triste porque no sabía de tu condición. Pero espero que el Señor la use para tu bien.

Su mirada, no su boca, expresó poderosamente: “Espero y creo que así es”.

--Pues bien, mi pequeña, como ya no puedes venir a verme, vendré yo a verte a ti, y conversaremos sobre los temas que acostumbraba enseñarte.

--Eso me hará muy feliz, pastor.

--Creo que dice la verdad --comentó la anciana--, porque no hay tema del que le guste hablar más que los que usted enfoca en sus sermones y en los libros que le ha dado.

--¿Quieres realmente, mi querida niña, ser una verdadera cristiana?

--Ah, sí señor, estoy segura de que eso es lo anhelado por sobre todas las cosas.

Me quedé sorprendido y admirado por la sinceridad y sencillez con que dijo esas palabras. Y luego agregó:

--Pastor, he estado pensando aquí en mi cama todas estas semanas lo bueno que es usted en instruirnos a los niños pobres. ¿Qué haríamos sin eso?

--Me alegra saber que mis enseñanzas no han caído en tierra dura y que te han servido, y pido a Dios que tu enfermedad sea un instrumento de bendición en sus manos, para afirmarte, humillarte y santificarte. Mi querida niña, tienes un alma, un alma inmortal en la que pensar. Recuerdas cuántas veces te he enseñado acerca del valor de un alma: “¿qué aprovechará al hombre, si ganare todo el mundo, y perdiere su alma?”.

--Sí, recuerdo muy bien que nos dijo que cuando nuestro cuerpo fuera puesto en la tumba nuestra alma irá al lugar bueno o al malo.

--¿Y a cuál de estos lugares te parece que una pecadora como tú merece ir?

--Al lugar malo, pastor.

--¡Qué! ¿A la destrucción eterna?

--Sí, señor.

--¿Por qué?

--Porque soy muy pecadora.

--¿Y todos los que son muy pecadores tienen que ir al infierno?

--Todos lo merecen tanto como yo.

--Pero, ¿no hay manera de escapar ese destino? ¿No hay alguna manera por la cual los que son muy pecadores sean salvos?

--Sí, Cristo es el Salvador.

--¿Y a quienes salva?

--A todos los que en él creen.

--Y tú, ¿crees en Cristo?

--No sé, pastor. Quisiera creer, pero lo que sí siento es que lo amo.

--¿Por qué lo amas?

--Porque es bueno con el alma de los niños pobres como yo.

--¿Qué ha hecho por ti?

--Murió por mí, pastor, ¿qué más podría hacer?

--¿Y qué esperas ganar por su muerte?

--Un lugar bueno cuando muera si creo en él y lo amo.

--¿Has sentido inquietud debido a tu alma?

--Sí, señor, mucha. Cuando nos hablaba usted a los niños los sábados muchas veces sentía que casi no aguantaba más y me preguntaba cómo los demás podían tomar sus palabras con ligereza. Pensaba que no estaba lista para morir. Pensaba en todas las cosas malas que había hecho en mi vida y creía que Dios estaría muy enojado conmigo, porque nos decía usted con frecuencia que Dios no podía ser burlado y que Cristo dijo que si no nos convertíamos no podíamos ir al cielo. A veces pensaba que yo era tan chica que todo eso no se aplicaba a mí, y luego me parecía un gran pecado pensar eso. Podía ver que mi corazón no estaba en paz con el Señor, ¿y cómo puede un corazón así ir al cielo? Sí, pastor, me sentía muy inquieta.

--Mi querida Juanita, ojalá hubiera sabido yo todo esto antes. ¿Por qué nunca me lo contaste?

--Pastor, no me atrevía. Pensaba que si le decía lo que me pasaba, usted hubiera considerado mucho atrevimiento que alguien como yo se lo contara a un señor importante como usted, pero muchas veces hubiera querido que supiera usted lo que yo sentía y temía. A veces, cuando nos retirábamos de su casa no podía contener las lágrimas, y los otros chicos se reían y burlaban de mí y decían que me creía muy buena, o que por lo menos quería que los demás pensarán que lo era. A veces, pastor, me parecía que su opinión de mí no era tan buena como la opinión que tenía de los demás y eso me dolía, no obstante, sabía que no merecía ninguna consideración especial porque era la primera de las pecadoras.

--Querida mía, ¿qué motivó a Pablo a decir que era el primero de los pecadores? ¿Puedes recitar el versículo?

--“Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero”, ¿es así, pastor?

--Sí, mi niña, es así; recuerda ahora y siempre que “Cristo Jesús vino al mundo para salvar a pecadores”.

--Señor, estoy tan contenta que así fue. Me hace tener esperanza de que me salve aunque soy una pobre chica pecadora. Estoy muy enferma y no creo que vaya a mejorar. Si muero, quiero ir a Cristo.

--Acude a Cristo mientras vives, mi querida niña, y no te echará fuera cuando mueras. Jesús dijo “Dejad a los niños venir a mí”, él es bueno con ellos y no quiere que nadie les impida acudir a él. ¿Qué es lo que te hizo pensar tan seriamente en el estado de tu alma?

--Su conversación acerca de las tumbas en el cementerio y cuando nos contó cuántos niños están sepultados allí. Recuerdo que cierto día, hace unos doce meses, preguntó usted: “Niños, ¿dónde estarán ustedes dentro de cien años? Niños, ¿dónde creen que irán cuando mueran? Niños, si mueren esta noche, ¿están seguros que irán a Cristo y que serán felices?” Pastor, nunca olvidaré que dijo “Niños” tres veces seguidas de ese modo tan serio.

--¿Alguna vez antes de ese día sentiste algún anhelo relacionado con tu alma?

--Sí, señor, creo que lo tuve desde el mismo momento cuando empezó usted a enseñarnos los sábados a la tarde, pero aquel día me sentí como nunca antes. Nunca lo olvidaré. Camino a casa y toda esa noche, pensaba en estas palabras: “Niños, ¿dónde creen que irán cuando mueran?” Pensé que tenía que dejar de hacer todas las cosas malas que hacía porque, si no, ¿a dónde iría al morir?

--¿Y qué efectos tuvieron estos pensamientos en tu mente?

--Señor, traté de portarme bien y dejar de hacer las cosas malas que hacía, pero más me esforzaba, más difícil me resultaba. Mi corazón parecía endurecido, y no podía contarle a nadie lo que me estaba pasando.

--¿No podías decírselo al Señor quien oye y contesta las oraciones?

La pequeña se ruborizó y suspiró diciendo:

--Mis oraciones son muy pobres aun en el mejor de los casos y a veces ni sabía orar para nada como debía. Pero a veces sí le pedía al Señor un corazón más bueno.

Toda esta conversación me pareció demostrar una manera de pensar realmente sincera e iluminada. Hablaba ella con toda la sencillez de un niño pero aún así con la seriedad del cristiano. Me costaba creer que fuera la misma niña. Su semblante demostraba cariño y expresaba más de lo que podía vocalizar. Ahora poseía una facilidad y libertad en hablar que antes le era extraño. Las marcas de un cambio divino eran demasiado evidentes como para no verlas y en esta niña vi por primera vez las pruebas de dicho cambio.

--Pastor --continuó diciendo la pequeña Juanita--, cierto día pensé que no era apta para vivir ni para morir, porque no podía encontrar consuelo en este mundo y estaba segura que nada merecía en el venidero. Ese fue el día que me mandó aprender el epitafio en la lápida de la Sra. B., y luego leí también la contigua.

--Lo recuerdo bien, Juanita, volviste y me recitaste ambos.

--Había unas líneas que no pude olvidar.

--¿Cuáles eran?

*“¡Aleluya, evangelio glorioso!
luz celestial por la cual consolados vivimos,
Y con consuelo morimos”.*

La pequeña agregó este comentario:

--Anhelé que el evangelio glorioso fuera mío para poder vivir consolada y con consuelo morir, y me pareció que tal cosa podía ser posible. Nunca me había sentido tan feliz.

--Mi pequeña, ¿qué significa la palabra “evange-lio”?

--Buenas nuevas.

--Buenas nuevas, ¿para quién?

--Buenas nuevas para los pecadores descarriados, Señor.

--¿Quién le envía estas buenas nuevas a los peca-dores descarriados?

--El Señor Todopoderoso.

--¿Y quién trae las buenas nuevas?

--Pastor, usted me las trajo a mí.

Aquí mi alma se conmocionó y no pude reprimir las lágrimas. La última respuesta fue tanto inesperada como emocionante. Sentí la ternura y gratitud de un padre por un primogénito recién nacido. Juanita tam-bién lloraba. Después de una pequeña pausa, dijo:

--Señor quisiera que hablara con mi padre, mi ma-dre y mi hermanito, porque me temo que andan muy mal.

Entonces oré con la chiquilla y le prometí visitarla constantemente.

La enfermedad de Juanita se alargaba. Yo la visita-ba con frecuencia. En una de las visitas la encontré en cama leyendo los himnos para niños por el Dr. Watts.

--¿Qué estás leyendo esta mañana, Juanita?

--He estado pensando mucho en algunos versos. Son estos:

*La hora viene cuando tendré que partir, No sé si esa hora pronto ha de venir.
A miles de niños pequeños como yo, La muerte llama para herir sin piedad.*

*En las horas que me quedan quisiera mi conducta mejorar para así los días aprovechar,
Porque para el arrepentimiento, en la tumba no hay oportunidad.*

Juanita continuó:

--Señor, siento que eso es muy cierto y me temo que no estoy mejorando mi conducta como debo. Creo que no viviré mucho tiempo más, y cuando recuerdo mis pecados. Digo:

*Señor, a tus pies acudo avergonzada Levantar la mirada no me atrevo,
Antes de morir, de mis pecados quiero saberme perdonada Y que de tu memoria cada uno ha sido para siempre borrado.*

Enseguida la pequeña preguntó:

--¿Cree usted que Dios me perdonará, pastor?

--Mi querida amiguita, tengo grandes esperanzas de que ya te ha perdonado, que ha escuchado tus ora-ciones y puesto ya entre el número de sus verdaderos hijos.

--Gracias, pastor. Me encanta oír de estas cosas. Y no me encantarían tanto si no me sintiera parte de ellas. Quiero preguntarle algo. Es algo grande y quizá estoy equivocada. Soy tan chica. ¿Puede una niña pe-queña y pobre como yo participar de la Cena del Señor? Desde hace un tiempo lo deseo, pero no me atrevía a mencionarlo, por si usted pensara que sería incorrecto.

--Mi querida Juanita, no tengo duda alguna con respecto a eso y espero que Aquel que te ha dado ese deseo bendecirá tu alma con su propia ordenanza. ¿La quieres ahora o mañana?

--Mañana, si fuera usted tan bueno, pastor, ahora me siento muy cansada, y espero sentirme más fuerte mañana.

La enfermedad estaba haciendo sus estragos en el-la, y ella lo percibía. Pero a medida que el ser exterior declinaba, su ser interior era fortalecido con poder por el Espíritu de Dios. Era evidente que estaba madurando rápidamente para un mundo mejor.

A la mañana siguiente fui a la cabaña de Juanita. Al entrar, la anciana que con tanta frecuencia la visita-ba, me dijo:

--Quizás, Señor, será mejor que no la despierte to-davía porque acaba de quedarse dormida y rara vez descansa, ¡pobrecita!

Subí al altillo silenciosamente. La chiquilla estaba sentada en la cama, apoyada en las almohadas, con su Biblia abierta en sus manos. Era evidente que se había quedado dormida mientras leía. Me acerqué sin desper-tarla y vi que había estado leyendo el capítulo veinti-tres del Evangelio de Lucas. Un dedo de su mano izquierda señalaba estas palabras: “Acuérdate de mí cuando vengas en tu reino”. Me preguntaba si sería por casualidad o por designio. De cualquier manera, era sorprendente.

Despertó a medias, pero no lo suficiente para darse cuenta de mi presencia, y dijo en una especie de susur-ro:

--Señor, acuérdate de mí, acuérdate de mí, acuérdate de esta pobre niña, Señor, acuérdate de mí.

De pronto, despertó del todo y me vio.

--Pastor, siento mucho que me encuentre así.

--Estoy muy contento de encontrarte así --respondí--. ¿Qué estabas leyendo?

--La historia de la crucifixión de Jesús.

--¿Cuánto habías leído antes de quedarte dormida?

--Hasta donde cuenta la oración del pecador cruci-ficado con él, y pensé que misericordioso sería si el Señor Jesús me recordara a mí también, y fue entonces que me quedé dormida. Y en mi sueño me pareció ver a Cristo en la cruz. Y pensé y dije: “Señor, acuérdate de mí”, y estoy segura que no me miró con enojo.

--Pues bien, mi querida niña, tal como querías, he venido a observar la ordenanza del cuerpo y la sangre de nuestro Bendito Salvador, y creo que a tu vecina que te visita le gustaría participar también.

Dirigiéndome a la anciana, le dije:

--Por favor alcánceme la Biblia y la copa y el plato. Mis queridas amigas, con la bendición de Dios participaré con ustedes en la santa comunión del cuerpo y la sangre del Señor.

El momento fue dulce y solemne. Compartí los pasajes bíblicos de la institución de la Cena del Señor y serví la copa y el pan. El semblante y la actitud de la niña daban evidencia de sentimientos muy potentes. Las lágrimas se mezclaban con sonrisas, la resignación se iluminó de esperanza, la humildad estaba fortalecida de fe; se notaba una modestia infantil adornada con la comprensión de una edad más madura, era fácil ver su gratitud, paz, devoción y paciencia.

Cuando concluí el culto, dije:

--Ahora, mi querida Juanita, has dado prueba de ser una hermana en la iglesia de Cristo. Quiera su Espíritu colmarte de bendiciones, fortalecerte y restau-rarte.

--Los favores que he recibido son grandes, muy grandes, pastor, más de los que puedo expresar. Le agradezco este favor. Nunca olvidaré este día.

--Yo tampoco.

--Ni yo --agregó la anciana--, el Señor ha estado en medio de nosotros tres este día, mientras nos reunimos aquí en su nombre.

--Sí --dijo la niña--, espero que pueda usted hablar con mi mamá cuando llegue. Me entristece pensar en su alma y me temo que a ella, su alma no le importa para nada.

--Espero poder tener la oportunidad cuando venga. Hasta entonces, mi niña.

--Adiós, pastor, y gracias por todas sus bondades para conmigo.

“De seguro”, pensé al dejar la cabaña, “¡este pim-pollo de gracia florecerá hermosamente en el paraíso! Quiera el Señor trasplantarla a aquel lugar en el mo-mento que tiene dispuesto según su voluntad”.

Muy temprano cierta mañana me despertó un men-sajero que traía un recado urgente que me pedía que fuera inmediatamente a la niña pues se acercaba el fin. Al llegar a la cabaña, no había nadie en la planta baja. Esperé unos minutos y escuché la voz de la niña que decía muy débilmente:

--¿Les parece que vendrá? Qué contenta estaría de verlo antes de morir.

Subí las escaleras: el papá, la mamá, el hermano y la anciana vecina se encontraban en el cuarto. El sem-blante de Juanita mostraba una rápida declinación. Cuando me vio, pareció reanimarse, y su rostro mori-bundo se iluminó de afectuoso agradecimiento. Guardó silencio unos momentos, pero tenía la mirada clavada en mí. Por fin dijo:

--Le agradezco su presencia, pastor. Ya llega el momento de mi partida, y temía no volver a verlo en este mundo.

--Hija mía, ¿estás resignada a morir? --le pregunté.

--Sí.

--¿En qué basas tu esperanza?

Levantó un dedo, señaló al cielo y luego lo bajó a su propio corazón, diciendo a la vez:

--Cristo allí, y Cristo aquí.

Esas palabras, acompañadas por la acción expresa-ron sus sentimientos con una solemnidad sin paralelos. De pronto, tuvo un espasmo que duró apenas un momento. A su madre que lloraba le dijo:

--Tengo mucho frío, pero no importa, pronto todo habrá pasado.

Luego, dirigiéndose a mí, dijo:

--Pastor, quiero que cuando yo haya partido le cuente a los niños de la iglesia qué bueno ha sido el Señor conmigo, una pobre pecadora. Dígales que los pequeños que lo buscan, pronto lo encuentran. Dígales que el camino del pecado y la ignorancia es el camino a la ruina y al infierno. Y le ruego que les diga en mi nombre, pastor, que Cristo es realmente el Camino, la Verdad y la Vida, que él no echa fuera a nadie que acuda a él.

--Mi querida niña, pronto estarás en los brazos del que ahora te guía con su vara y su callado por el valle de sombra de muerte.

--Así es, eso creo --dijo ella--, ansío estar con él. Señor Jesús, sálvame, ayúdame en esta última prueba.

Al terminar estas palabras, le dio una mano a su padre y otra a su madre, y dijo:

--Dios les bendiga, Dios les bendiga. Busquen al Señor. Ustedes no se imaginan lo que he sentido por ustedes dos. Señor, perdona y salva a mi querido papá y a mi querida mamá.

Luego tomó de la mano a su hermano diciendo:

--Tomás, te ruego que dejes tus malos caminos. Lee la Biblia. Te dejo la mía. Quiera el Señor llenar tu corazón de amor, y síguele.

A la anciana vecina le dijo:

--Le agradezco, querida vecina, por todos los favores que me hizo desde que he estado enferma, espero que el Señor se lo tenga en cuenta, de acuerdo con sus riquezas en gloria.

--Ah, mi niña --dijo la anciana--, cuánto quisiera estar preparada para morir como lo estás tú, pero me temo que nunca lo estaré: mis pecados han sido muchos, muchos.

--La sangre de Jesucristo limpia de todo pecado --dijo Juanita. Luego, se volvió hacia mí. Con una mirada sorprendentemente sincera y animada me dijo:

--Usted, pastor, ha sido mi mejor amigo sobre la tierra. Me enseñó el camino al cielo y siempre le estaré agradecida. Me habló del amor de Cristo y me ha ayudado a sentirlo en mi corazón. Lo veré cara a cara. Nunca me dejará ni me abandonará. Él es el mismo y no cambia. Querido pastor, Dios lo bendiga.

Yo estaba sentado al costado de la cama. La pequeña de pronto se sentó con un esfuerzo inesperado, extendió los brazos moribundos y me abrazó, me puso la cabeza sobre el hombro y dijo con inconfundible claridad:

--Dios lo bendiga y recompense. Dé gracias a él en mi nombre. Mi alma es salva. Cristo es todo para mí. Pastor, nos encontraremos en el cielo, ¿no es cierto?

--Oh, sí, sí: entonces todo será paz... paz... paz.

Volvió a acostarse en la cama, no habló más y, con un profundo suspiro sonrió y murió.

Los ángeles que antes se habían regocijado cuando su alma acudió a Dios, la habían llevado ahora triunfalmente a las moradas celestiales y ahora ya le han enseñado a sumarse a sus alabanzas santas, sus propias melodías inmortales.

Dad gracias al Señor, clamad a él, publicad entre los pueblos sus obras.

--Psalm 105:1

“La VERDADERA religión está unida tan inseparablemente a la felicidad, que nadie puede ser feliz sin ella en este mundo ni en el venidero, ni perderla si la atiende con diligencia.”

--Thomas Scott (1747-1821)

